

BIBLIOTECA CENTRAL  
J. J. J. J. J.



## PANEGÍRICO DE SAN JOSÉ

PREDICADO EN ROMA, EN LA CAPILLA DEL COLEGIO ESPAÑOL,  
EL 19 DE MARZO DE 1906.





*Fecit eum amicum suum, et glorificavit eum gloria magna.*

Lo hizo su amigo, y lo ensalzó con altísimas honras.

I MAC., XIV, 39

**D**IFÍCIL es, en verdad, pronunciar en vuestra presencia el panegírico de vuestro santo Patrono. Conocéis tan á fondo la historia de su vida, os son tan familiares los pasajes bíblicos que á él se refieren, hojeáis tan á menudo los místicos escritores que tratan de sus glorias y sus virtudes, que no sólo no es posible deciros algo nuevo acerca del castísimo Patriarca San José, pero ni siquiera presentároslo bajo un aspecto con apariencia de nuevo. He aquí por qué vacilé mucho antes de aceptar el convite que me hizo vuestro benemérito Rector; y si por fin he subido hoy al púlpito, no es sin que me asalten serios temores, de tener que exponeros de una manera muy deficiente, lo que mejor que yo sabéis, y mejor que yo podéis explicar.

¿Pero, cómo dejar de pregonar las glorias, del que más todavía que Abraham fué el amigo de Dios, y ocu-



pó cerca de Jesucristo en la tierra un puesto más elevado que el Precursor, aunque de éste afirmó el Divino Maestro, que no había surgido otro más grande entre los nacidos de mujer? ¿Cómo callar cuando los sacerdotes que os dirigen, y los que os enviaron á esta Santa Ciudad, lo escogieron (como en otro tiempo los Judíos á Simón) para que fuese vuestro caudillo y patrono, *sacerdotes consenserunt eum esse ducem suum?* Nuestros antepasados se pusieron bajo su amparo, *ut cura esset illi pro sanctis*, y mucho antes de que fuera proclamado patrono de la Iglesia Universal, lo adoptaron por patrono de la Iglesia española, es decir, de la monarquía de Felipe II, que abrazaba más de la mitad del orbe, y cuyo censo sobrepujaba á los 400 millones de que hoy se jactan el Imperio Británico y el de China.

Justo es, por tanto, que cantemos sus glorias, y me juzgaría yo indigno de seguir cobijándome con su manto, si no uniera mi voz á las vuestras, en este día que tan especialmente le consagra la Iglesia. Pero no considerándome con fuerzas para enaltecer una á una sus virtudes, ni recorrer uno tras otro los pasajes de su vida, me limitaré á hablaros con suma brevedad de su *amistad* con Dios. Os hablaré en especial del momento solemne y decisivo en que el Rey de los Cielos lo hizo definitivamente su amigo, es decir, del momento de su glorioso tránsito, en que el Hijo de Dios puso el sello á esa amistad, á esa gracia, á ese favor con que lo había distinguido en la tierra. Os señalaré, en seguida, aunque de lejos, las altísimas honras con que colmó en

el reino de los cielos al varón justo, á quien en esta tierra había dado el título y rango de padre: *fecit eum amicum suum et glorificavit eum gloria magna.*

Virgen Madre, casta esposa del Patriarca José: bajo tu amparo me acojo al pregonar las glorias del fiel custodio de tu virginidad.

#### AVE MARÍA.



## I

Si me dirigiera á un auditorio menos culto, temería que al oirme llamar al Patriarca San José *amigo de Dios*, se levantara alguna voz á decirme: lejos de ensalzarlo, rebajáis el mérito del padre putativo de Jesucristo. Pero vosotros conocéis bien la fuerza y la índole del lenguaje de la Escritura. Sabéis que Salomón no encuentra expresión más dulce para apostrofar á la Iglesia, personificada en la Esposa de los cantares, que el nombre de amiga: *surge, amica mea et veni*. No ignoráis tampoco que el gran patriarca Abraham, recibió por antonomasia el dictado de amigo de Dios, ó simplemente *el Amigo, el Jalil* con que hasta hoy día lo designan los Orientales. Por último, no os es desconocida la máxima de los Proverbios, que enseña que el hombre amable en su trato, será amigo más que un hermano, *vir amabilis ad societatem, magis amicus erit quam frater*.

En este sentido afirmamos que el Rey de los cielos hizo á José su amigo: es decir, lo colmó de celestiales favores, lo llenó de gracias á las cuales supo corresponder, como amigo agradecido, sin salir jamás de su

esfera, ni pretender desempeñar otro papel, fuera del que le asignara la Providencia. Era, pues, á los ojos del mundo, padre de Jesús; en el taller servíale de maestro; ante la clientela lo mandaba como amo; pero en el fondo de su corazón y en el interior del hogar, no era más que discípulo, siervo fiel y prudente, humilde criatura del Hijo de Dios. A semejanza del árbol plantado á orillas del torrente, *sicut lignum plantatum secus decursus aquarum*, recibirá de día y de noche el riego fecundo de ese perenne manantial, preparándose á producir ricos frutos cuando llegare la estación propicia: *quod fructum suum dabit in tempore suo*.

Antes que llegara este momento, ¡por cuántas pruebas tendría que pasar! La última sobre todo, la separación inevitable, causada por la muerte, tenía que ser dolorosa en extremo; pero también henchida de dulzuras y consuelos inefables, como no le fué dado disfrutar á ningún otro mortal. A José, más que á ninguno, pueden aplicarse las palabras del Eclesiastés: *es mejor el día de la muerte que el día del nacimiento*; y á presenciar ese supremo desenlace de una vida sin mancha, es adonde quiero conducirlos. Entonces esa dulce amistad con que lo honró el Hijo de Dios sobre la tierra, recibió el sello y la confirmación indeleble, que no sólo le abriría las puertas del cielo, sino que debía elevarlo á altísimas honras y gloria sin segundo.

Penetremos en el estrecho dormitorio de la casa de Nazaret. En humilde lecho yace recostado el infatigable carpintero, que en toda su vida no buscó más des-



canso que la variedad de trabajo, ni más recreo que la oración. También en estos momentos, ora reclinado nada menos que sobre el pecho de Jesús. Lánguido y desfallecido, con los ojos á veces cerrados, á veces fijos en los de su dulce Salvador, repasa, como acaece á todos en ese trance, los acontecimientos de su vida entera, volviendo á vivir en breves instantes los largos años de su carrera mortal.

Se presentan á su imaginación los desposorios; la multitud de competidores á la mano de la Virgen Nazarena; la vara milagrosa; las místicas ceremonias en el Templo; el banquete nupcial y las celestiales delicias del castísimo hogar. Levanta los párpados, y allí ve á María que lo vela y espía sus movimientos. Entonces vuelve á emprender con ella, en espíritu, aquel viaje inolvidable á Belén, para empadronarse obedeciendo á las órdenes de César Augusto. Uno á uno se van ofreciendo á su vista los percances y tropiezos del viaje, los temores y decepciones, el triste hospedaje en la cballeriza de la posada ó *Jan* de la Ciudad de David. Entonces las apagadas pupilas del moribundo recobran su brillo, porque vuelve á resplandecer la luz celestial que inundó el pesebre de Belén, y se le figura que resuena de nuevo el *Gloria in excelsis*, y escucha una vez más las expresivas frases de los rústicos pastores, y los cortesanos discursos de los Reyes de Oriente.

Allí está el niño Dios, pero ya no con la debilidad del recién nacido, sino en la plenitud y perfección de la edad varonil. ¡Qué bella expresión la de ese joven

de treinta años! ¡Qué rostro tan hermoso, qué mirada tan dulce, con qué gracia ondean su larga cabellera y su barba naturalmente rizada! ¡Qué robustez y qué vigor revelan esos brazos, endurecidos con las rudas faenas de la carpintería, y al mismo tiempo suaves como los de una dama de la corte de Augusto, y mejor torneados que la mejor pieza forjada en su taller! Perfumado es el aliento que exhala ese pecho, robustecido como el de los atletas de Olimpia, á fuerza de ayunos, y de escasos pero sanos alimentos. Los latidos de su corazón resuenan rítmicos y frecuentes, manifestando ardor y salud.

Se vuelve José, y al contemplar la humanidad del Verbo tan perfecta y grandiosa, una sonrisa de satisfacción se pinta en sus marchitos labios. Parece que murmura: «Bien he llenado mi cometido; bien he correspondido á la misión que me confiara el Altísimo. Pero, ¡cuántas angustias, cuántos afanes, cuántos sudores me ha costado el desempeñar mi difícil encargo! ¡Qué susto cuando el Angel vino á turbar mi reposo con el terminante mandato *Puge in Ægyptum!* ¡Qué viaje á través del desierto con el Niño y su Madre divina! ¡Qué triste permanencia en aquella Heliópolis, morada también en un tiempo del otro José.»

Estáis acostumbrados á leer en el Breviario Romano la historia de aquél insigne santo, que al morir apostrofaba á su alma, diciéndole: Sal, sal con confianza de este cuerpo. Setenta años has servido al Señor, ¿y todavía tiembles? Recordáis que San Luis Gonzaga derramó